

# "Nuestra América"

## DE JOSÉ MARTÍ

**E**n el centenario del nacimiento de Martí (28 de enero de 1933) dije que nuestro gran héroe nacional no sólo había sido un "guía de su tiempo" sino que, a la vez, debíamos considerarlo como "anticipador del nuestro".

Nada nos confirma más en este aserto que el trabajo que con el título de "Nuestra América" publicó Martí el 10 de enero de 1891 en la "Revista Faguera" de Nueva York y que apareció el 30 de enero en el periódico mexicano "El porvenir liberal".

Cuando abordamos "Nuestra América" nos damos cuenta de dos hechos importantes. De una parte surge la capacidad de José Martí para advertir lo que se le venía encima a América Latina y el Caribe con el desarrollo imponente de los Estados Unidos. Pero al mismo tiempo se advierte que América Latina, al no saber evitar el peligro a tiempo, hubo de retrasarse en su desarrollo histórico de tal manera que a los cien años de nacidas aquellas anticipaciones siguen siendo para nosotros un programa actual que nos invita a la acción inmediata.

"Nuestra América" posee de relieve que la de José Martí no fue una de esas intuiciones geniales, sino que cuanto allí se dice es resultado de una experiencia transformadora y de meditaciones reiteradas que desde entonces acaban su suceso.

Transformaciones experimentó Martí al contemplar paso a paso la conversión de lo que parecía ser una democracia que llevaría a la práctica el flamante norteamericano del 76 y el viejo francés del 89, en el nacimiento imperio que hoy ha llegado a culminar, aunque surgen en él ya los síntomas de decadencia.

Martí llega a los Estados Unidos con esperanza y entusiasmo. Lleva clavado en su espíritu el dolor de Cuba y comprende a plenitud la raíz de nuestro retraso y sufrimiento.

A José Martí parece deslumbrarle aquel norte creador en el que empezaban a borrar las distancias sociales, en donde un obrero se hacía magnate metalúrgico y el leñador ascendía a presidente, convirtiéndose el alfabeto emigrante en letrado. Aquel mundo le parecía muy distinto a la todavía enlodada América Latina cuyas maniquetes él había denunciado. Pero el deslumbramiento no dura demasiado. La formación social de José Martí que comenzaba palpitar en él desde sus primeros días mexicanos, sus contactos con el proletariado insurgente de aquel revuelto país, habían madurado sus concepciones liberales iniciales. Su visión sagaz le permite descubrir la desigualdad creciente en la aparente democracia y descubrir en los Estados Unidos los primeros países imperialistas, dirigidos sobre todo hacia el dominio de la América Latina.

Convive con la miseria que coincide allí con la opulencia de una minería que si bien se sustenta en la audacia y el impulso y no en la herencia de títulos nobiliarios, se distancia muy pronto de la masa adinerada. Las hostias, las conexiones populares, las asombrosas obtusas, no sólo le van a precipitar el cúmulo de noticias que para definir la escena norteamericana envía a los periódicos argentinos, sino que suscitan en él cálida simpatía.

Hacia 1892 Martí vive ya una visión dolorosa de los Estados Unidos que le permite decir:

"Estamos en plena lucha de capitales y obreros. Para los primeros son el café en los bosques, las espigas de los acederos, los platos de los vendedores, los cuartos de fin de año. Para el obrero es la escasez diaria, la necesidad urgente e inaplazable, la mujer y el hijo que comen por la tarde lo que el padre trabajó para ellos por la mañana. Y el capital holgado contrito al pobre ritmo a trabajar a precio ruin".

Cuando en 1891 escribe "Nuestra América", José Martí es muy distinto del emigrante ilusionado que llega a los Estados Unidos. El episodio dramático de los mineros de Chicago permite percibir el cambio que en él produce aquel proceso en el que el odio de clase sustituye a la justicia. La democracia que él creyó pujante y servidora se le revela como manipulación de grandes consorcios y de ambiciosos sin tasa. Conoce las vicisitudes de los socialistas y los triunfos de una política basada en los privilegios de clase.

En septiembre de 1889 es reportador y pentagrama del congreso de Washington, en que los Estados Unidos revelan cómo quieren convertir al sur americano no sólo en el receptor de lo que Martí llama sus mercancías "inverendibles" sino en la fuente de materias primas baratas que alimenten a su industria.

Martí describe en sus artículos para la prensa latinoamericana ese proceso. Sabe de los intentos yanquis para adquirir por unas cuantas monedas a Cuba, cuya oposición él quiere vencer. Va surgiendo entonces el proyecto, que confesará en su carta final a Manuel (Manuel, su gran amigo mexicano), de "impedir a tiempo que se rindieran por las Antillas los Estados Unidos y caigan con esa fuerza más sobre nuestras tumbas de América".

"Nuestra América" viene a ser, en el contexto de la obra martiana, la adonación y el flamante de José Martí para que los americanos del sur se preparen para esa pelea y sepan derrotar el peligro naciente.

He llamado definitivo a su título y lo fue. Por él nos descubre Martí algo que todavía necesitamos subrayar ante ciertos sencillismos vergonzantes y concesiones dovergonzadas.

Cuando Bolívar, en 1826, proyecta su Congreso Amf-

ibérico invita a los Estados Unidos a incorporarse. Es cierto que Bolívar no se engaña y que de él es la frase magnífica, según la cual "los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia para plagar la América de mineros, a nombre de la libertad". Pero cuenta todavía con el yanqui para una tarea emancipadora.

Aún en estos Estados Unidos de los días boliverianos no se manifiestan las fuerzas del monopolio de las que surgiría el imperialismo que José Martí logró descubrir. La América Latina y sajona puede aparecer entonces como una misma entidad occidental destinada a garantizar aquí lo que la vieja Europa parecía perder. En cambio la América Latina, veinte años después, está amenazada de quedar envuelta en un proyecto que la absorbe y tiende a dominarla.

José Martí advierte con claridad que hay dos Américas, la que él denomina Nuestra América, que distingue de la otra América, "la América que no es nuestra". Años más tarde Rubén Darío inmortalizó descrito poéticamente esa América nuestra definiéndola como "la que reza a Jesucristo y habla español".

Por eso él se encarga de trazar los perfiles de esa América nuestra, distinta y amenazada. Dice alguna vez que "al de Rousseau ni de Washington viene nuestra América sino de sí misma". Y a ese ser "sí misma" compete e incita el gran americano. "Tíenos nacidos en América -dice- que se avergüenzan porque llevan delante indio, de la madre que los crió". "¿Quién es el hombre -se pregunta- ¡él que se queda con la madre a curarle la enfermedad, o el que la pone a trabajar donde no la vean... maldiciendo del seno que lo cargó, pensando el lecho de su madre en la espalda de la casaca de papel". Y añade: "Estos hijos de nuestra América, que ha de salvarse con sus indios, y va de menos a más, estos desconoce que piden fuel en los ejércitos de la América del Norte, que ahoga en sangre a sus indios, y va de más a menos".

Un poco más allá nos dice: "¿En qué patria puede tener un hombre una orgullo que en nuestras repúblicas delonas de América le suman a entre las manos mudos de indios, al ruido de un cráter de apaches? De factores tan descompuestos, jama, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adineradas y compactas".

Cuando se refiere a las leyes que él quiere para nuestra tumba, afirma: "A advertir solos los jóvenes del mundo, con antiguas y nuevas, que aspiran a dirigir un pueblo que no conocen".

No habla de "Nuestra América mexicana" que "empezó a padecer... y padecer, de la falta de acomodación entre los elementos discordantes y hostiles que heredó de un colonizador despótico y avieso".

Para ir buscando la identidad americana, la que nos hace falta vencer, Martí nos señala el contraste entre aquello que damos malamente y aquello que nos distinguía en nuestro afán de simular lo que no éramos.

"Éramos -nos dice- una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisense, el chaquetón de Norteamérica y la montera de Tiquilla. El indio, mudo, nos daba vueltas alrededor y se iba al monte, a la cumbre del monte, a bañarse a sus hijos. El negro, ciego, cantaba en la noche la música de su corazón, solo y desconocido, entre las olas y las faldas. El campesino, el creador, se revolvió, ciego de indignación, contra la ciudad desdichada, contra su criatura. Éramos chameceros y togas, en países que venían al mundo con la alpuerga en los pies y la vincha en la cabeza". Y entonces nos enseña lo que debíamos saber: "El genio hubiera estado en nosotros, con la cantidad del onzavo y con el aservilismo de los fundadores, la vincha y la toga, en desenterrar al indio, en ir haciendo todo al negro suficiente, en ajustar la libertad al cuerpo de los que se aferraron y vencieron por ella".

Así se nos presenta, con chaqueta que no le pertenece y colores que no son los suyos, la América nuestra, la que habla que salvar. Martí proclama con seguridad que "esos países se salvarán porque... le está naciendo a América, es en estos tiempos reales, el hombre real".

Para esa tarea de salvación lo primero que recomienda José Martí es adecuar las soluciones posibles a la realidad profunda de nuestra América. "El buen gobernante es

**Nuestra América" de José Martí [artículo] Carlos Rafael Rodríguez.**

**AUTORÍA**

Rodríguez, Carlos Rafael, 1913-

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1995

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Nuestra América" de José Martí [artículo] Carlos Rafael Rodríguez. retr.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile